**Domingo 2º de Adviento A (08.12.2019): Lucas 1,26-38**

**¿VIRGEN, INMACULADA, SANTÍSIMA...? MUJER’.** Lo escribo CONTIGO,

En el primer domingo del nuevo año eclesiástico habíamos comenzado la lectura del Evangelio de Mateo en su Ciclo A. Y ya, en el segundo domingo, se nos leerá en la liturgia el relato no de Mateo, sino de **Lucas 1,26-38**. El relato de los hechos llamados en el mundo cristiano ‘La Anunciación’. Anunciación llevada a cabo por el ángel Gabriel que se aparece a María, una mujer de Nazaret, para confirmarla su embarazo inmediato. ¿Y la Anunciación a Zacarías?

Parece ser que en este día 8 de diciembre, además de ser domingo, se debe celebrar la fiesta vaticana de la Inmaculada Concepción de María. Por esta razón, creo entenderlo así, se propone a las gentes del pueblo la lectura del Evangelista Lucas y no la página de Mateo. Espero que ningún celebrante de la eucaristía y predicador comentarista en la homilía se olvide de resaltar que este dato de la Anunciación sólo se nos cuenta en el Evangelio de Lucas. A ninguno de los otros Evangelistas les importó olvidarlo. Tal vez, porque nunca se produjo.

El texto de **Lucas 1,26-38** forma parte del llamado Evangelio de la Infancia de Jesús. Después de tantas investigaciones de los expertos se llega a la conclusión de que la infancia de Jesús permanecerá siempre en la ignorancia del olvido. Parece saberse que Jesús de Nazaret fue hijo de María y de José y poquitas realidades más. Los narradores Lucas y Mateo nos han contado en el comienzo de sus Evangelios una infancia de Jesús que podemos llamar mítico-simbólica. Tan teológica como literaria. Tan divinizada como inventada o imaginada.

Soy muy consciente de la importancia que siempre tuvo, tiene y tendrá esta infancia de Jesús en la llamada ‘religiosidad popular’. O no tan popular, porque personas presumiblemente documentadas como el fraile Fra Angélico nos dejó una impresionante obra de arte de la pintura de todos los tiempos que parece haber inmortalizado el ‘hecho histórico’ del ángel Gabriel que, ante la atenta mirada del Dios que lo envía, anuncia a María, en su espléndida casa nazarena o románica renacida, que va a ser madre por obra del mismo Espíritu Santo.

¿Por qué los hechos de la Infancia de Jesús contados por Lucas y Mateo se han creído durante siglos y siglos como hechos que sucedieron tal cual quedaron escritos en su género literario llamado ‘mito’? Más de un lector me acusará de mal creyente o de falso evangelizador si sigo afirmando el carácter de mito de esta lectura de Lucas 1,26-38 que se leerá al pueblo para hablar de María, la Virgen y Madre, la Inmaculada, la Madre de Dios, la Diosa, la sin pecado alguno, la Virgen de Lourdes, de las Mamblas, de mi pueblo, de tu villa, de su empresa...

En el relato que escucharemos en palabras de **Lucas 1,26-38** nada se dice de que aquella mujer de Nazaret de Galilea llamada María fuera un ser humano sin mancha alguna de pecado. Al contrario, en Lucas 2,22 esta mujer acude al Templo de Jerusalén para borrar ‘la mancha de su impureza’ por medio de las ofrendas y rituales que prescribía la Ley de su Religión judía. Y si a María se la proclama Inmaculada, por haber nacido sin ‘aquel pecado original’, ¿en qué relato y de qué Evangelio se dicen tales afirmaciones? En ningún lugar se la llama Inmaculada y ‘Madre del Redentor’ (de Jesús de Nazaret). ¿Redentor de ‘aquel pecado original’ relacionado con el también relato mítico de Adán y Eva? Con tanto mito, **¡olvidamos que María fue mujer!**

**Domingo 2º de ‘Los Hechos de los Apóstoles’ (01.12.2019): Hch 2,1-47**

***“Ellos sí escucharán”*** (Hechos 28,28-29)

*“Recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo’* (Hch 1,8). Estas serían las últimas palabras que el narrador Lucas colocó en boca de su Jesús de Nazaret. Y en ellas queda trazado el plan narrativo del libro que está escribiendo sobre esa tarea evangelizadora de los seguidores del Evangelio que es Jesús. Éste se fue. ¿Ascendió hasta quedarse dentro de cada uno de sus evangelizadores y testigos?

La primera etapa de este ‘plan evangelizador’ comienza, pues, en Hch 2,1: *“Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos en el mismo lugar”*. Los testigos de la evangelización, nos cuenta Lucas, llevan ‘unos cincuenta días’ (Pentecostés). Cincuenta es mucho más que cuarenta, número de una totalidad.

Leo ahora contigo, y para este segundo comentario, el relato de Hechos 2,1-47 y no pienso ni en días ni en meses. Imagino años. Y se me hace imposible llegar a concretar qué se hizo y qué se dijo en tantos años (parece ser que Lucas escribe en la década de los ochenta del siglo primero) en aquella misión evangelizadora en Jerusalén. Creo que debo aprender a entender a este narrador Lucas. Su manera de comprender la historia, la realidad, me resulta novedosa.

**Me parece que el primer apartado de esta narración es el texto de Hechos 2,1-13**. Leo despacio y no dejo de recordar el mito de aquella confusión de lenguas que impidió la construcción de la torre de Babel (Génesis 11). En su imaginación, Lucas contempló la presencia de judíos devotos en Jerusalén procedentes de toda la tierra conocida (Europa, Asia y África). Aquí todos hablan su propia lengua y se entienden todos con todos. ¡Una utopía más!

**Me parece que el segundo apartado de esta narración es el texto de Hechos 2,14-41**. Lemos un largo discurso que Lucas coloca ahora en boca de Pedro, el primero de los Doce, la comunidad de Jerusalén. Tal vez, el centro de donde parte la misión evangelizadora. Después del discurso, constatamos las consecuencias de esta evangelización. Los Doce, después de los bautismos, aumentan el número hasta superar los tres mil seguidores (Hch 2,37-41). ¿Éxito?

Unas palabras sobre este primer discurso (Hch 2,14-36) de Pedro. Diré con Lucas que el discurso lo anuncia Pedro, no el primer papa. Los oyentes de este Pedro son judíos: *Judíos, escuchad...* (verso 2,14); *Escuchadme, israelitas...* (Hch 2,22); *Hermanos, permitidme hablar con franqueza...* (Hch 2,29). A estos judíos les habla Pedro de su Jesús, el Mesías, y de su David, el patriarca y rey. Yavé Dios ha resucitado a Jesús, el crucificado, y... ¡no a David!

**Me parece que el tercer apartado de esta narración es el texto de Hechos 2,42-47**. Creo que necesitaría toda la página para comentar estas ‘sabrosas líneas’ del maestro narrador Lucas que uno no sabe nunca si fueron escritas para describir una realidad o, tal vez, para crear una nueva utopía. Aquellas tres mil personas, ¿constituían ya una comunidad tan unida, fraternal, perseverante, solidaria, comprometida y evangelizadora? ¿Se reunían día tras día en el Templo aquel que había tapado la boca y cortado la vida para siempre del Jesús de Nazaret que les había seducido? Algo aquí ‘chirría’ o no me encaja. **¿¿¿Y no fue esto y así la primera iglesia???**